



PROYECTOS FEMENINOS

NINAS

La niña de las palomas

La niña de las palomas tiene 17 años; es un día viernes, a las once de la mañana, y ella, acompañada de algunas personas de su familia, va al rosedal.

Lleva, primorosamente, un vestido de rica y lavable seda blanca, zapatos de inmaculada gamuza, medias finísimas de seda, sombrero inmaterial de organdí, blanco también.

Muy cerca del lugar donde las plantas florecen, agrupadas y felices, mirando la blanca galería de finas columnas, la previsión municipal ha puesto jaula con monos, a quienes estiradas inglesas llevan frutas, legumbres, chocolatinas, que los pequeños cuadrumanos toman de los huesudos y flacos dedos entre gritos de júbilo.

Muy cerca de las jaulas de los monos, quienes a ratos andan sueltos y se cuelgan de las ramas de los árboles, la siempre bendecida previsión municipal ha dejado que vaguen mansas nutrias, gallardos ñandúes, elegantes garzas y dulcísimas palomas.

Las palomas, en gran cantidad, son tan mansas que las buenas madres llevan envueltos en primorosos paquetes maíz blanco, dorado alpiste, granos diversos, para que sus pequeñas criaturas vuelquen su contenido en las rosadas e inocentes manos y vengan, las palomas, las inofensivas palomas, a comer allí, en la pequeña palma, debajo de la sonrisa del niño, que contempla entre deslumbrado y tímido tanto ser alado rodeándolo, robándole, picoteándolo suavemente un fino dedo, confundido a momentos con la comba delicada de un rosado maíz, por una atrevida paloma.

Aun hay más: la previsión municipal no se ha fiado de la bondad de los alados seres, sino que, previniendo la susceptibilidad de las niñas que visiten blancos vestidos de seda, ha puesto un cartel que reza:

"Estos animales son domésticos e inofensivos. Se ruega no molestarlos".

Pero la niña en cuestión no sabe leer, no entiende bien lo que lee, y como lleva un impalpable sombrero blanco, adquiere derecho a la originalidad.



Con paso rítmico se ha ido acercando al lugar donde están las palomas y, antes que a ellas, ha visto el traje reluciente de un joven y garboso militar, que muy cerca de la jaula de los monos deja vagar la mirada como esperando la aparición de un traje blanco.

La niña, la primorosa niña, sigue avanzando y tan distraída viene que atropella a las palomas que están en el suelo recogiendo perdidos granos.

Las palomas, entonces, vuelan ofendidas. Y la niña da un grito, salta hacia atrás y mira sin querer, claro está, dos puntos negros que relucen debajo de la frente y un poco más arriba de la nariz del garboso militarillo.

La gente que la acompaña se acerca alarmada y una señora de negro, de respetable porte y finas maneras le explica: —Pero las palomas no hacen nada. ¿De qué tienes miedo? ¿No ves que los niños les dan de comer en las manos?

Un joven acompañante también la mira burlonamente y con tono un poco más áspero que el de la respetable señora le interroga:

—¿Es verdad? ¿Tiene miedo?

La niña, entonces, la blanca y vaporosa niña levanta los brazos, los agita en un quisquilloso movimiento y con la voz más fuerte que posee contesta:

—No; miedo no. Las palomas me dan asco.

Y al decir esto su boquita se contrae y sabe, sabe bien que el brillante militar la admira, por eso, nada más que por eso, por su deliciosa originalidad.

La niña del paraguas

La niña del paraguas antes de salir de su casa ha observado que volverá a llover, pero necesita salir a toda costa.

El tiempo importa poco cuando se posee un paraguas de fina seda y delgado mango, que remata en una delicada chapa de nácar, oro o fina y labrada plata. Con él se puede salir.

Se saca el paraguas del sitio donde duerme, esperando que al buen cielo se le ocurra llover, nada más, acaso, que para que el paraguas se dé un fresco y primaveral baño, y claro está, se lo arrolla de tal manera que parezca un sutil, casi incorpóreo bastón negro.

La seda, de primera calidad, se presta a esta maniobra y se adhiere de tal manera a la varilla central, que la niña complacida y feliz agradece su docilidad acariciándolo bajo sus pulidos dedos.

Ya están, ella y su paraguas, en la calle, y nada se vió más elegante que ese sedoso bastón colgado, mediante una estrecha lonja de cuero gris, de la mano enguantada.

La niña y su paraguas se internan en el subterráneo, suben a un coche y se sientan.

Entretanto la gente que, de los suburbios, viene al centro en el amplio coche, trae los zapatos salpicados de barro, y sus paraguas, por lo general de tosco algodón, descansan sobre el piso, llorando por su extremo inferior un largo hilo de agua llovida.

La niña entonces empuña su seco, llamante y decoroso paraguas y traza con él románticas iniciales sobre el piso; luego recorre con la mirada el vasto vagón que se desliza por debajo de la tierra y compara la grosera estructura de aquellos negros aparatos con la elegancia suma del suyo.

Si el vecino o la vecina se levantan para bajarse del vagón, ella lo retira lentamente del punto en que estorba el paso, arrastrándolo sobre el piso con cierto leve desprecio, balanceándolo luego a derecha e izquierda como con desgano.

Ha llegado el momento de bajarse. Al subir las escaleras del subterráneo se apercibe de que garúa y lo abre de un golpe seco, distinguido, como conviene a un paraguas de lujo.

El elegante adminículo, como una copa negra volcada sobre su cabeza, se suspende allá arriba gallardamente y le resguarda apenas el sombrero. Sus hombros, la caja del cuerpo, reciben plácidamente la garúa y se la ve perderse entre la gente, movida y feliz, bajo el paraguas que se balancea suavemente.

TAO LAO.

